El antiespañolismo de la *Carta de Jamaica*: Entre la legitimidad de la independencia y la justificación del fracaso republicano*

por

Miguel Saralegui Benito¹

Universidad Adolfo Ibáñez

La bibliografía sobre la Carta de Jamaica de Simón Bolívar ha tendido a minusvalorar la importancia del odio a España. Generalmente se ha considerado esta dimensión del texto como puramente retórica y circunstancial. Sin embargo, la importancia de este elemento es central, pues, prácticamente no existe idea en este ensayo que no se vincule de modo estrecho con el odio a España. Sin hispanofobia simplemente no existiría la Carta de Jamaica. En este trabajo, me propongo reconstruir los tres pilares de esta enemistad que Bolívar recrea: la crítica a la Conquista y a la Colonia, el desfase temporal de España y la invención de España como peor tiranía de la historia. Daré una especial importancia a este último punto, ya que debido a esta exageración, Bolívar ofrece involuntariamente una justificación a cualquier desastre político y constitucional.

PALABRAS CLAVE: *Bolívar; Carta de Jamaica; Hispanofobia; enemigo.*

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Saralegui Benito, Miguel, “El antiespañolismo de la *Carta de Jamaica*: Entre la legitimidad de la independencia y la justificación del fracaso republicano”, *Revista de Indias*, LXXVII/270 (Madrid, 2017): 405-429, doi:10.3989/revindias.2017.013.

DE LA GUERRA A MUERTE A LA GUERRA TOTAL

El bolivarismo contemporáneo ha incluido el ataque a España en su discurso político. Si bien estas proclamas se suelen expresar con excesos retóri-

* Este escrito ha contado con el apoyo financiero del proyecto Fondecyt 11140310 del Gobierno de Chile. Agradezco los comentarios de la profesora Eugenia Ortiz a este artículo.

¹ miguelsaralegui@gmail.com ORCID iD: <http://orcid.org/0000-0002-9321-5937>.

cos, la consideración de España como enemigo radical sí es un legado que, de manera conceptualmente más refinada, el bolivarismo puede descubrir en las obras del propio Bolívar. Si el antiespañolismo del discurso político venezolano conoce matices y transformaciones históricas a lo largo de dos siglos, la animadversión con la que Bolívar juzga la acción civilizatoria de España es un soporte fundamental de su pensamiento político y de su visión de la historia. Más allá de que biográficamente sea un privilegiado de la Corona, como han recordado los estudiosos peninsulares, el antiespañolismo no es secundario para su pensamiento político. Al contrario, no se podría entender su visión del tiempo y de la constitución política, si se prescindiera de esta hispanofobia.

El antiespañolismo pueda ser una exageración de Bolívar, a la cual el historiador Pino Iturrieta recomienda no dar demasiada importancia². Sin embargo, si estas exageraciones se omitieran, el contenido retórico y conceptual de la *Carta de Jamaica* se esfumaría. Bolívar es un pensador polémico que construye su pensamiento en contraste con aquello que niega. En este artículo se explicará el modo y las consecuencias de este rechazo a lo español, tanto desde un punto de vista político como cultural. Si bien otros estudiosos, como Gutiérrez Escudero, ya han insistido en el vínculo entre este texto y la leyenda negra, no existe un análisis pormenorizado y completo del antiespañolismo de la carta³.

La guerra que Bolívar libra contra España es tanto física como espiritual. No solo los esfuerzos militares consumen sus energías. Recrea un enemigo que, tanto como una amenaza física y política, representa un peligro para la moral y el espíritu. España no es un adversario cualquiera; se trata del enemigo total. Por esto, la guerra a muerte se puede entender como la expresión física de la guerra justa, la cual se libra contra un enemigo revestido de la potestad material de derrotar y de la espiritual de aniquilar. Como todos los rivales militares, España amenaza la soberanía política y la propiedad privada. Pero intimida al americano en una esfera protegida de la fuerza física. España destruye el espíritu, las costumbres; supone una ignominia para el pasado, una afrenta para el presente y, lo que es peor, una amenaza para el futuro.

Quizá la *Carta de Jamaica*, por la madurez de su redacción, sea el escrito en que de modo más firme se retrata esta enemistad anfibia, que horada la materia al mismo tiempo que debilita el espíritu. En coherencia con el resto de los discursos y cartas anteriores a 1815 de los que la *Carta de Ja-*

² Pino Iturrieta, 1999; 2003.

³ Gutiérrez Escudero, 2010: 252.

maica es culmen, la enemistad se dice de dos maneras. España encarnará una enemistad externa, la propia de cualquier otro combatiente. Se trata del enfrentamiento obvio. Independientemente de su verdad, los agravios de Bolívar son en este caso los menos interesantes: aquellos que siempre se profieren contra un rival. Estos reproches guían la acción de modo inequívoco: tanta maldad, crueldad, inhumanidad, obligan a tomar las armas, reclaman la guerra a muerte.

Precisamente en la declaración de la guerra a muerte pronunciada en Trujillo el 15 de junio de 1813 se percibe el tránsito de una enemistad puramente bélica a otra más íntima. La asimetría en el modo de actuar con españoles y americanos en la guerra a muerte es el signo político de que este odio absoluto trasciende el miedo a la muerte física. Si al peninsular y al canario solo se le perdonará la vida cuando luche activamente contra la Corona, el americano obtendrá el perdón incluso si ha actuado contra la causa de la independencia:

Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. [...] Y vosotros, americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan [...] vuestros descarrios, en la íntima persuasión de que vosotros no podéis ser culpables y que solo la ceguera e ignorancia, en que os ha tenido hasta el presente los autores de vuestros crímenes, han podido induciros a ellos. [...] Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de americanos será vuestra garantía y salvaguardia⁴.

Incluso si hay un deseo táctico de acercar a los americanos a la causa patriota tras la primera pérdida de Venezuela⁵, esta distinción se inspira en un motivo ideológico más profundo: la presencia de España, de los españoles en este caso, solo puede aceptarse a cambio de que renieguen absolutamente de su identidad.

Pero hay una segunda enemistad, más íntima, más corrosiva, más metafísica incluso; una enemistad, que no permite la reconciliación, deberá enfrentarse a una posibilidad aun más inquietante: la identidad. Al lector de Bolívar no se le puede pasar por alto esta distinción, pues posiblemente esta sofisticación con que se presenta la enemistad en la *Carta de Jamaica* es el motivo

⁴ Bolívar, 1950c: 556, 15 de junio de 1813.

⁵ Lucena Giraldo, 2010: 100-101.

por el que se trata tanto de un clásico de la teoría política, como una de las mejores explicaciones de la identidad latinoamericana⁶.

En suma, la invención del enemigo se presenta en la *Carta de Jamaica* en dos esferas. En primer lugar, Bolívar criticará a España desde un punto de vista previsible. Estos improprios se podrían intercambiar con cualquier otro enemigo. En segundo lugar, Bolívar se esfuerza por ofrecer un retrato específicamente negativo de España, como rival privilegiado, como el peor enemigo de la historia. Esta segunda perspectiva de enemistad total se conecta con uno de los problemas que determinan los intereses vitales de Bolívar cuando redacta la *Carta de Jamaica*: explicar el recurrente fracaso de la independencia venezolana. El prócer se apoyará en esta retórica del enemigo absoluto para justificar la incapacidad de la república independiente de alcanzar la estabilidad política. Sin embargo, sin ser plenamente consciente, quedará encerrado en el artificio del enemigo total. Al explicar este fracaso circunstancial con los argumentos esencialistas de España como peor enemigo, prefigura un destino aciago para el futuro de las repúblicas independientes.

Será la peculiarísima enemistad española, íntima y constitutiva de la identidad hispanoamericana, tanto la responsable como la excusa de los fracasos constitucionales de las repúblicas americanas. La retórica de España como peor enemiga de la historia es un arma de doble filo, pues producirá dos resultados, uno de ellos imprevisto. Por un lado, España lucirá como la más destructiva potencia de la historia, contra la que es obligatorio rebelarse. Por otro, la herida será tan íntima que América jamás podrá sanarse del todo. Si la política tiene que ver con el pecado original, España le haría cargar a América con las culpas de uno segundo, para el que Bolívar no es capaz de prescribir un bautizo⁷. Teodoro Hampe ha insistido en la importancia de discurso panamericano de la *Carta de Jamaica*⁸. No repara, sin embargo, que en la *Carta de Jamaica* uno de los pocos signos existenciales de esta unión es el antiespañolismo. Ser americano equivale a ser antiespañol. Si bien es real, no se puede dudar de que, al menos retóricamente, Bolívar construye la identidad panamericana a la contra. Hispanoamérica es un marco geográfico conformado por la necesidad de rebelión y el odio a España.

⁶ En todos los grandes ensayos sobre la identidad latinoamericana, se citará este texto. En su inextricable complejidad, para la que la historiografía europea no estaría preparada, abunda la Introducción de *Facundo*. Sarmiento, 2010: 66-67.

⁷ Schmitt, 1998: 87-97.

⁸ Hampe, 2015: 42: «En el mundo globalizado de hoy la convicción de la carta bicentennial de ver a América Latina como una gran nación es una importante bandera que se mantiene todavía en pie».

A pesar de que el antiespañolismo no ha podido pasar desapercibido a ninguno de los lectores de la *Carta de Jamaica*, no existe un trabajo monográfico sobre esta cuestión. Este artículo se propone cubrir este vacío. De tal manera, se presentará el antiespañolismo de este texto fundador de acuerdo a tres ejes. En primer lugar, la crítica de la acción de los españoles en América, tanto de conquistadores como de colonizadores. En segundo lugar, se insistirá en cómo España representa el pasado, mientras que América actúa como agente del futuro y la civilización. En tercer lugar, se recordará cómo en la *Carta de Jamaica* la Monarquía española en América es descrita como la peor tiranía de la historia. Además del análisis monográfico desde la perspectiva del antiespañolismo, esta investigación quiere insistir en el reverso problemático de los argumentos de Bolívar a favor de la independencia. El discurso de la España tiránica no solo permite justificar la independencia, sino todos los fracasos políticos que las Repúblicas americanas vivan a lo largo de su historia. En el antiespañolismo, se descubre que el discurso de la independencia es también una justificación del fracaso constitucional americano.

LA INVENCION DEL ENEMIGO

Por su mayor densidad teórica y ambición histórica, en la *Carta de Jamaica* los improperios contra España son escasos en comparación con los que abundan en documentos anteriores a 1815, los cuales utilizaré en este artículo para enriquecer la interpretación de este escrito. Aunque la *Carta* no carece de excesos, los insultos constituyen la estrategia menos elaborada para la invención de España como terrible enemigo. Los epítetos más duros son al mismo tiempo los más insignificantes. Cuando se describe a los españoles como «destructores», «insaciables de sangre y de crímenes», «raza de exterminadores», «vieja serpiente» «odiosos», el lector queda con la sensación de que podrían haberse usado contra cualquier otro rival y en cualquier otro contexto⁹. En la *Carta de Jamaica*, incluso la guerra a muerte que practican los españoles está descrita de un modo genérico y descontextualizado: «y la guerra del exterminio continuó por parte de los españoles con su furor acostumbrado, mientras que los mejicanos y las otras naciones americanas no lo hacía ni aún a muerte con los prisioneros de guerra que fuesen españoles»¹⁰.

⁹ Bolívar, 2007: 4, 7, 8, 9 y 22.

¹⁰ *Ibidem*: 19-20.

La creatividad no traspasa para estos insultos la reacción primaria del «nosotros somos muy buenos, ellos son muy malos».

Más allá de si Bolívar exagera o es preciso, hay poca originalidad en esta sección del discurso. Toda guerra civil parece conducir a estos excesos lingüísticos. Sin embargo, la *Carta de Jamaica* supera este molde y se distinguirá por ofrecer una imagen íntima y profunda del enemigo. Esta recreación se sostiene sobre tres ideas: la descripción de los conquistadores y de la Colonia, la superioridad moral de América sobre España y la especificidad de la tiranía que España ha ejercido sobre América.

Cruels conquistadores y avariciosos colonizadores

Cuando Bolívar escribe la *Carta de Jamaica*, el fracaso lo rodea por todas partes. Recapitulemos la situación personal en que Bolívar escribe esta pieza fundamental del pensamiento político latinoamericano. Como ha recordado Manuel Lucena Giraldo en *Naciones de rebeldes*, Bolívar y Miranda consiguen la independencia para Venezuela el 5 de julio de 1811, la primera declaración en todo el Imperio español. Este régimen pionero dura apenas un año, cuando cae a causa del embate de las tropas realistas al mando de Domingo de Monteverde, lo que acabará con el encarcelamiento de Miranda, trasladado posteriormente a la Península donde muere, y la huida de Bolívar a Nueva Granada. Desde allí, el Libertador organizará la Campaña Admirable que, tras la declaración de la guerra a muerte contra el español, le llevará al poder de Venezuela por segunda vez entre julio de 1813 y agosto de 1814¹¹. Por segunda vez también, Bolívar deberá escaparse de Caracas a Nueva Granada. Finalmente recalca en Cartagena, donde se enfrenta al general de la plaza Castillo. Decide entonces partir hacia Jamaica, donde los agobios seguirán siendo agudos. Su situación en la isla es desesperada vital y económicamente: «Bolívar residió en Jamaica desde el 14 de mayo al 18 de diciembre de 1815. Estos siete meses pusieron a prueba el temple de su alma como nunca, haciéndole padecer la esclavitud de la pobreza. Dado al placer y al lujo, era Bolívar no obstante capaz de la vida más austera si así lo exigía la labor; el hombre que había nacido entre seda y terciopelo, oro y perlas, tuvo que comer en Jamaica a la mesa desnuda de las posadas y dormir en hamacas de casas de huéspedes»¹². Pero no solo ha perdido su patrimonio. También está en riesgo su propia vida: su criado Pío lo intentará matar.

¹¹ Lucena Giraldo, 2010: 91-103.

¹² Madariaga, 1959: 518.

Ninguno de estos reveses se trasluce en la *Carta de Jamaica*, un escrito sereno, como si el militar y político se hubiese quitado el uniforme y la toga, como si al escritor le beneficiase una completa amnesia. Habitualmente muy duro con su biografiado, Madariaga no dejará de ensalzar el ánimo y serenidad de quien en estas circunstancias es capaz de una reflexión madura en una sólida prosa: «Pero la fortaleza del ánimo que tanta miseria sufría obliga al respeto»¹³. Como si jamás hubiera pisado un campo de batalla, reflexionará como un filósofo de la historia, disciplina tan en boga a fines del siglo dieciocho. Bolívar se aferrará al providencialismo histórico para mantener la calma frente a estos apuros. Precisamente esta imagen teleológica de la historia enfrenta al futuro encarnado por América y al pasado que es representado por España. El pretérito español aparece asociado a dos instituciones: la Conquista y la Colonia. Si bien la imagen global es negativa, hay que subrayar que la descripción de ambas está teñida de ambivalencia.

La reflexión que existe sobre la Colonia en esta obra ha llamado la atención de la crítica. Desde una perspectiva panamericana, John Elliott ha juzgado que Bolívar desea eliminar el legado colonial tanto de su pensamiento como de la justificación de la independencia. Si los americanos del norte optaron por una emancipación que respetaba los derechos históricos y que buscaba restaurar las virtudes del gobierno inglés que se habrían corrompido en América, Bolívar habría abogado por una apología de la independencia puramente universalista¹⁴. Si bien existe una ambición de construcción *ex nihilo* que puede diferenciar las emancipaciones del Norte de América de las del Sur, es necesario recordar que, a pesar de este deseo adánico, el pasado colonial se introduce en la justificación de la independencia no solo como rémora de la que hay que librarse. Existe una proyección hacia el futuro de este pasado colonial en el que Bolívar encontrará una cierta legitimación del proyecto independentista.

Por este motivo, aunque demasiado polémico, Madariaga ha medido mejor la ambivalencia del relato histórico de Bolívar sobre la Conquista. Constató que, más allá de la retórica, ni puede ni quiere borrar el pasado colonial de la justificación de la emancipación. El biógrafo lo acusará frontalmente:

La incoherencia sigue a la pasión como un perro fiel. Bolívar, el un día manutano, teniente de justicia de su feudo social, demasiado altivo para visitar personalmente a los regidores de su cabildo, favorecido como negociante por el Tesoro

¹³ *Ibidem*: 518-519.

¹⁴ Elliott, 2006: 575.

colonial con los empréstitos más pingües, cabeza de una familia que había ejercido el poder municipal de Caracas durante dos siglos¹⁵.

Madariaga sospecha que ni el trato que recibieron algunos criollos fue tan despiadado, ni que esos mismos favorecidos serán los líderes de un gobierno independiente en el que participe el grueso del pueblo.

Si Madariaga considera que el autor de la *Carta de Jamaica* no quiere deshacerse del pasado por beneficios puramente privados, Scavino lee la contradicción de modo más interesante, pues entiende que esta contradictoria imagen del pasado no solo afecta al presente polémico, sino que se proyecta hacia el futuro. El problema ya no se dará entre el presente y el pasado de Bolívar, sino entre el presente y el futuro. A diferencia de lo que escribe Madariaga, la dificultad estriba en que, tras la aparente negación del pasado, existe una apología que permeará el futuro de la América española.

Más concretamente, Scavino considera que en la *Carta de Jamaica* conviven de modo paradigmático dos visiones sobre la legitimidad de la independencia: la epopeya popular americana (discurso político universal) y la novela familiar del criollo (discurso político de élite). La visión del americano enfrentado al dominador español convive con la interpretación del criollo como legítimo descendiente de los conquistadores. Como los derechos de los conquistadores no han sido respetados por la Corona, la independencia quedará justificada automáticamente: «Hay que constatar, en cada oportunidad, quién está hablando, si el americano o el hijo de españoles, si quien defiende su tierra o venera a sus ancestros, sabiendo, desde luego, que tanto el uno como el otro no son tanto la causa como el efecto de la narración que están contando»¹⁶. Si Scavino tiene razón, no podrá sorprender las enormes consecuencias que este pasado ejercerá sobre el futuro, intelectual y político, de la América española.

Vayamos a la ambivalente descripción del pasado, es decir de la Conquista y la Colonia en las obras de Bolívar. Las frases más recordadas de la *Carta de Jamaica* son las que describen al español de América como un ser híbrido. Con mucha más conciencia de su complejidad que el bolivarismo contemporáneo y en general del pensamiento latinoamericanista, obsesionados ambos con una radical novedad latinoamericana, Bolívar describe al hispanoamericano, hacedor y reivindicador de la independencia, como una mez-

¹⁵ Madariaga, 1959: 525.

¹⁶ Scavino, 2010: 36.

cla más que como un ser completamente original¹⁷. Reconocerá, en primer lugar, que las raíces indígenas están completamente perdidas: el «apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue»¹⁸ se transformará cinco años después en Angostura en «ni aun conservamos los vestigios de lo que en otro tiempo fue»¹⁹. Por tanto, la independencia jamás buscará una restauración de la situación previa a la llegada de los españoles. Por este motivo, Bolívar, al final de la *Carta*, admirará la sabiduría de los patriotas mexicanos que, en vez de inspirarse en Quetzalcóatl —«apenas [...] conocido del pueblo mexicano, [...] porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses»²⁰—, ha usado a la Virgen de Guadalupe «invocándola en todos los casos arduos y llevándola en sus banderas»²¹.

Si no se identifica con el precolombino, ¿quién es el americano español para Bolívar? En primer lugar, su aproximación es genética. Es un descendiente de los conquistadores. Sin embargo, tiene la peculiaridad de no respetar completamente su legado. Su tensión biográfica es máxima; conquistador por sangre, americano por costumbre, sus enemigos tienen dos caras: los indios y los peninsulares. A los primeros maltratarán, por los segundos serán maltratados. Bolívar es el gran megáfono de esta complejidad identitaria que ya nunca más desaparecerá de los ensayos que ambicionan explicar la idiosincrasia de la América española:

No somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa tenemos que disputar estos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores²².

¿Cómo se debe interpretar esta enigmática última frase? El criollo se entiende antes como descendiente del conquistador que de los pueblos indígenas.

Más aún, la visión bolivariana de los conquistadores será positiva no tanto por el heroísmo que, por ejemplo, Viscardo les atribuye, sino por su labor civilizatoria. Un año antes de partir al exilio jamaicano, Bolívar distingue el esfuerzo político y constructivo del conquistador frente a la violencia destructora que representa el soldado español decimonónico: «Las plantaciones, los

¹⁷ Una postura reciente muy reivindicativa de la originalidad latinoamericana puede leerse en Santos-Herceg, 2010: 149-262.

¹⁸ Bolívar, 2007: 13.

¹⁹ *Ibidem*: 67.

²⁰ *Ibidem*: 29.

²¹ *Ibidem*: 30.

²² *Ibidem*: 13.

ganados, las obras de arte, las preciosidades del lujo, la opulencia de las ciudades son el incentivo de los conquistadores. Los españoles no son ni estos conquistadores: son las bandas de tártaros que quieren borrar los rasgos de civilización»²³. Los conquistadores, como insiste en la *Carta de Jamaica*, generan un derecho:

El emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. [...] Por manera que, con una violación manifiesta de las leyes y de los pactos subsistentes, se han visto despojar a aquellos naturales de la autoridad constitucional les daba código²⁴.

Estos derechos no han sido respetados por la Corona. Por ello, la independencia es legítima para aquel que ha heredado los derechos de los conquistadores.

¿Por qué es tan importante la reivindicación del conquistador y el recuerdo de los derechos traicionados por el monarca? Porque supone una justificación historicista —la novela familiar del criollo de acuerdo a la formulación de Scavino— de la independencia. El español de América se rebela contra la Corona no tanto porque no acepte *de jure* su legitimidad política, sino porque *de facto* el rey no ha respetado el contrato que había suscrito con los españoles que habían pasado a América. América para los hispanoamericanos —los hijos de los conquistadores— y no para los funcionarios peninsulares designados por la Corona ni, por supuesto, por los pueblos indígenas.

Sin embargo, esta reivindicación del derecho conculcado del conquistador convive con una reivindicación más universalista de la independencia, la cual Elliott habría subrayado. Como en el caso de Viscardo, su respeto a los conquistadores se manifiesta «[...] sin perjuicio de la veneración por las Casas, el gran héroe moral de la historia indiana para los héroes de la Independencia»²⁵. Aunque estos dos discursos, el historicista-conquistador frente al universalista, son conceptualmente contradictorios, políticamente comparten una misma funcionalidad política, pues le permiten al criollo acumular motivos, siempre que la contradicción no sea patente, para justificar la independencia.

En el momento en que se cita al dominico sevillano, los conquistadores dejan de ser retratados como civilizadores cuyos derechos y beneficios es legítimo reclamar, sino que se los identifica con los tártaros; los llega a llamar

²³ Bolívar, 1950c: 603, 24 de febrero de 1814.

²⁴ Bolívar, 2007: 16.

²⁵ Góngora, 2003: 6.

incluso «primeros monstruos»²⁶. Como responsables de un nuevo genocidio, los soldados peninsulares de comienzos del XIX «rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América a su raza primitiva»²⁷. De la misma manera, los conquistadores quedan descalificados como autores de atroces «barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana [...]». El filantrópico obispo de Chiapas, el apóstol de la América, Las Casas, ha dejado a la posteridad una breve relación de ellas»²⁸.

Existe una conexión entre la descripción de la Conquista y de la Colonia. Una ambivalencia similar caracteriza la visión de los tres siglos de Colonia. Cuando describa los desmanes que las tropas realistas cometen en su afán de reconquista, Bolívar les reprochará destruir una América próspera, la colonial: «El objetivo de España es aniquilar al Nuevo Mundo y hacer desaparecer a sus habitantes para que no quede ningún vestigio de civilización ni de las artes y que el resto de la Europa solo encuentre aquí un desierto y no pueda ya dar salida a sus manufacturas»²⁹. Por tanto, las tropas realistas están destruyendo la riqueza acumulada en estos tres siglos: «Vuestros opresores han desplegado toda la saña y maleficencia de que es capaz su perversidad innata. Una devastación universal ejercida con el último rigor ha hecho desaparecer del suelo de Venezuela la obra de tres siglos de cultura, de ilustración y de industria»³⁰. De esta manera, si los españoles son capaces de destruir esta prosperidad de tres siglos, eso significa que, durante la Colonia, si no la han propugnado, al menos la han permitido. En este caso Madariaga está en lo cierto: esta crítica a la agresión decimonónica es posible solo en la medida en que se le reconoce a la Colonia un cierto éxito civilizatorio³¹.

Como el de la Conquista, el retrato de la Colonia acaba siendo desolador. Con mucha frecuencia, Bolívar reprochará a los españoles llevar expoliando a América durante tres siglos. La retórica de los 300 años aparece en una enorme cantidad de escritos bolivarianos, siempre desde una perspectiva negativa. Se identifican con la inacción y una excesiva parsimonia: «¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan?»³². Se asociará también a consecuencias más perversas como la

²⁶ Bolívar, 2007: 7.

²⁷ *Idem*.

²⁸ *Ibidem*: 4-5.

²⁹ Bolívar, 1950a: 155, 18 de agosto de 1815.

³⁰ Bolívar, 1950c: 606, 13 de abril de 1814.

³¹ Madariaga, 1959: 525.

³² Bolívar, 1950c: 535, 4 de julio de 1811.

esclavitud y la tiranía política: «Al leer la historia de tres siglos de ignominiosas cadenas y al verse libres de ellas, lamentarán no poder presentar a la memoria de sus Libertadores un tributo de reconocimiento»³³, y el robo «No hablemos de los tres siglos de ilegítima usurpación, en que el gobierno español derramó el oprobio y la calamidad sobre los numerosos pueblos de la pacífica América»³⁴. Ya perdida Caracas por segunda vez, en lo que constituye el adelanto de una línea que se extenderá hasta la *Carta de Jamaica*, al tiempo colonial se le acusará de haber maleducado políticamente a los americanos: «ignominioso pupillage de tres siglos»³⁵.

A la vez positiva y negativa, la imagen de la Colonia y de la Conquista aceleran la independencia. Lógicamente incompatibles, políticamente son funcionales. Lo que España representa determina al americano a una sola decisión: la independencia. Si el juicio sobre el pasado es positivo, la misma validez de la Conquista deslegitima el comportamiento del rey. Si es negativo, la naturaleza humana y el sentido de dignidad conducirán inexorablemente a la rebelión.

Superioridad temporal y moral de América sobre España

Por la teoría providencialista que sostiene su filosofía de la historia, Bolívar otorga más importancia a la inscripción en el curso del tiempo que a la deslegitimación del pasado. Si España, más allá de las atrocidades cometidas, se hubiese adaptado a las exigencias del presente, el teleologismo no respaldaría el proyecto político de Bolívar. La España de Fernando VII podía suponer un anacronismo frente a la de Napoleón, pero la de Carlos III compartía el mismo nivel histórico que el de la monarquía de Francia. La confianza en la Providencia, en la marcha de la historia, en la superioridad de la civilización sobre la barbarie, le permite estar convencido de su victoria contra quien se ha despreocupado del sentido del tiempo. España va a perder, debe fracasar porque representa la decadencia frente a una América que nace y acepta los ideales del progreso.

Esta identidad, esta superioridad americana no se funda ni en el americanismo ni menos aún en el indigenismo. Paradójicamente, la virtud que América encarna es la europea. La América independiente vendría a extender la acción civilizatoria y europea que no ha conseguido arraigar en España: «La

³³ *Ibidem*: 585, 22 de octubre de 1813.

³⁴ *Ibidem*: 597, 24 de febrero de 1814.

³⁵ *Ibidem*: 619, 13 de enero de 1815.

Europa no se halla agitada por la violentas pasiones de la venganza, ambición y codicia como la España»³⁶. Por este motivo, en el mensaje al Congreso de Angostura, Bolívar, retomando un típico ilustrado, no tendrá problema en identificar a España con África:

Tengamos presente que nuestro pueblo [americano] no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter³⁷.

Debido a que América encarna los ideales europeos que España no ha aceptado, para Bolívar será, por un lado, muy difícil entender que los verdaderos europeos no contribuyan al proceso emancipador y, por otro lado, muy fácil justificar las ventajas que ofrece a Inglaterra en caso de que colabore con el proceso independentista.

Si España representa el pasado, Europa, más que América, monopoliza el futuro, identificación temporal que se encuentra también en el *Facundo* de Sarmiento. Como el futuro era americano no en virtud propia, sino por su identificación con Europa, en el momento en que esta identificación cese, América volverá a su puesto natural: la del pasado que se identifica con la barbarie, ni siquiera con lo español. El retrato del pensador argentino, si es un poco más antigua en relación a España, no lo es al considerar a Europa como el futuro, al que América no debe renunciar:

Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles: la una española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades solo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y después de largos años de lucha la una absorbiese a la otra³⁸.

A pesar de la aparente distinción, Sarmiento, que escribe tres décadas después, está de acuerdo con Bolívar. Solo como partícipe de la Europa extraespañola, América se elevará a la altura de los tiempos, podrá ser un actor en el futuro, sin estar condenada a repetir en el presente comportamientos anacrónicos.

Gracias a la certeza de lo históricamente superior, Bolívar no solo estará convencido de la victoria de América, sino de la misma derrota y desaparición

³⁶ Bolívar, 2007: 10.

³⁷ *Ibidem*: 76.

³⁸ Sarmiento, 2010: 125.

de España: «la nación española que, aunque fue, en algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo»³⁹. El reflejo económico de esta decadencia general permite augurar que, incluso si la primera generación de patriotas es derrotada, las futuras querrán desligarse de la administración española, incapaz de sacar partido de la riqueza de América:

¿Podrá esta nación hacer el comercio exclusivo de la mitad del mundo, sin manufacturas, sin producciones territoriales, sin artes, sin ciencia, sin política? Lograda que fuese esta loca empresa; y suponiendo más aún, lograda la pacificación, los hijos de los actuales americanos, unidos con los europeos reconquistadores, ¿no volverían a formar dentro de veinte años, los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?⁴⁰

El destino está escrito: los americanos independentistas han entendido el tiempo y este le otorgará el triunfo inevitable en su propia generación o en la siguiente. La filosofía de la historia respalda un proyecto que no dejará de triunfar, incluso si ocurre algún revés fáctico.

Aunque se sale del marco de la *Carta*, la identificación de España con el pasado es tan íntima que Bolívar se atreve a predecir hasta su desaparición como país. Dos años antes del exilio jamaicano, como aficionado a la historia antigua, había fantaseado con la posibilidad de que Napoleón se comportase con España como Tito con Israel. La decadencia de España la convertiría en una reedición culpable del pueblo errante:

Tránsfugas y errantes, como los enemigos del Dios salvador, se ven arrojados por todas partes y perseguidos por todos los hombres. La Europa los expulsa y la América los rechaza porque sus vicios en ambos mundos los han cargado de la execración de la especie humana. Todas las partes del globo están teñidas con sangre inocente que han hecho derramar los feroces españoles, como todas ellas están manchadas con los crímenes que han cometido, no por amor a la gloria, sino en busca del metal que es su Dios soberano⁴¹.

Napoleón aparece como la fuerza del presente, que viene a castigar a España por su crueldad sangrienta y también por esos vicios que la impiden para la civilización del futuro. A pesar de su esencia pretérita, Bolívar llega a interpretar la derrota de España como una amenaza para el progreso de las independencias. Liberada la imaginación de cualquier cortapisa, Bolívar prevé

³⁹ Bolívar, 2007: 9.

⁴⁰ *Ibidem*: 9.

⁴¹ Bolívar, 1950c: 554, 8 de junio de 1813.

que los españoles errantes, incapaces de sufrir el ilustrado dominio napoleónico, querrían hacer pervivir el pasado en los territorios ultramarinos:

Es muy probable que al expirar la Península haya una prodigiosa emigración de hombres de todas clases; y particularmente de cardenales, arzobispos, obispos y canónigos y clérigos revolucionarios, capaces de subvertir no solo nuestros tiernos y lánguidos Estados, sino de envolver el Nuevo Mundo entero en una espantosa anarquía⁴².

Más allá de este recurso imaginativo, dos años previos a la *Carta de Jamaica*, Bolívar confía en la victoria sobre España con la misma seguridad de quien sabe que el futuro siempre llega y hace obsoleto a cualquier pasado. Puede tardar más o menos, pero el futuro americano terminará por triunfar.

La peor tiranía de la historia

Bolívar ya ha descrito a España como una dominadora completamente injusta. Los desmanes cometidos por los conquistadores, la desatención de la Colonia, el enclaustramiento en el pasado y la incapacidad para entender las exigencias de la moral y del futuro le llevan a predecir la misma desaparición de España. Hasta este momento la enemistad, si bien algo más elaborada y teórica que lo habitual, no ha alcanzado su plenitud. La hipérbole de la rivalidad se consumará en el camino de la introspección. Bolívar quiere responder a la siguiente pregunta: ¿Por qué la revolución ha sido derrotada por segunda vez? ¿Por qué no se ha afianzado la república independiente cuando es mucho más atractiva que la monarquía española? Juzgará que este fracaso no se debe tanto a motivos externos como internos. No es la fortaleza del ejército realista la culpable principal del fracaso, sino los mismos venezolanos como cuerpo político. La convicción de que la causa es endógena y no exógena es fácil de rastrear en sus escritos políticos a partir de la segunda pérdida de Caracas en marzo de 1814. Bolívar insistirá en que no son los españoles, sino los americanos quienes han permitido a los realistas reinstaurar su poderío en Caracas:

Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden ligaros a las cadenas que ellos mismos arrastran⁴³.

⁴² *Ibidem*: 546, 15 de diciembre de 1812.

⁴³ *Ibidem*: 610, 7 de septiembre de 1814.

Pocos meses después volverá a atribuir a los venezolanos la responsabilidad de este trastorno: «si desastres horrores han afligido las más bellas provincias y aun repúblicas enteras ha sido por culpa nuestra, y no por el poder de nuestros enemigos»⁴⁴.

El alcance de la introspección, sin embargo, es limitado. Con un juego de introspección-extroversión que supone un refuerzo del antiespañolismo del texto, Bolívar volverá a responsabilizar a los españoles de esta debilidad interna. Recientemente el historiador peruano Raúl Chanamé Orbe en *La república inconclusa* ha señalado que la debilidad institucional del Perú se debe a esta dificultad de que un discurso republicano se adapte en un país acostumbrado al gobierno monárquico⁴⁵. Este discurso historiográfico contemporáneo confirma el diagnóstico de Bolívar: es la herencia española la que ha impedido ya no solo la vida republicana, sino la constitución de un orden político efectivo. El enigma de la debilidad interna republicana se resolverá en la descripción de España como enemigo máximamente tiránico. En el momento en que debe explicar por qué los venezolanos son responsables del segundo fracaso, el retrato de España como enemigo perfecto llega a la cima. La combinación de estos dos problemas –los venezolanos como culpables del segundo fracaso y España como tiranía perfecta– implica una previsión aciaga para las repúblicas independientes de la que Bolívar no parece ser plenamente consciente.

Sin duda, la segunda pérdida de Caracas supuso un revés tanto para los proyectos políticos como para la sensibilidad personal de Bolívar. Al explicar por qué los realistas han retomado la capital de Venezuela, el prócer venezolano retratará a España como un imperio tan efectivamente castrador del espíritu libre que habría incapacitado a los americanos para un autogobierno eficiente. Si en la *Carta de Jamaica* estas dos ideas alcanzan su apogeo y se funden, ambas concretan posturas anteriores del pensamiento político de Bolívar que permanecerán en su obra, apagada ya la llama del antiespañolismo, hasta fines de la década de 1820.

La consideración de que los fracasos revolucionarios se deben a los propios errores políticos de los patriotas posee un largo recorrido en los escritos bolivarianos. Para comprender la primera pérdida de Caracas, en noviembre de 1812, Bolívar recurre a uno de los fundamentos de su pensamiento político: el problema estriba en haber imitado modelos y comportamientos que no se ajustan al contexto histórico-temporal. El gobierno autónomo de los patrio-

⁴⁴ *Ibidem*: 620, 13 de enero de 1815.

⁴⁵ Chanamé Orbe: 2012.

tas habría sido demasiado benévolo, se habría comportado como si en la Venezuela independiente no existiera una amenaza realista:

Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes; filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados⁴⁶.

El problema estriba no solo en la benevolencia excesiva frente a un enemigo cruel, sino en el descuido de la exigencia política del momento. La política no puede nutrirse de ideas abstractas, de modelos teóricos alejados de la realidad concreta. En cada caso, deberá reconocer las peculiaridades y diversidades del momento histórico. En definitiva, si se aplican sin tener en cuenta las variables locales, los modelos políticos europeos carecerán de éxito en la América española.

Si para explicar el primer fracaso se basará en la distinción entre principio universal y realidad concreta, para entender la segunda derrota Bolívar formulará otra de las convicciones más arraigadas de su pensamiento político. Con esta teoría el Libertador se acerca a uno de los principios republicanos con que Maquiavelo –cuyas ideas le podrían haber llegado a través de Montesquieu– justifica la determinante dificultad de que en un pueblo acostumbrado a la monarquía pueda sobrevivir la forma republicana. Si Bolívar siempre cita a Montesquieu para confirmar este principio, como un guante se ajusta a la *Carta de Jamaica* la siguiente reflexión recogida en el capítulo de los *Discursos* titulado “Un pueblo acostumbrado a vivir bajo un príncipe, si por algún accidente, se hace libre, con dificultad mantendrá la libertad”. Maquiavelo comparará el pueblo acostumbrado a un rey con un animal de naturaleza feroz y salvaje, pero que siempre ha sido alimentado en cautividad. Cuando se lo deja libre, este animal, incapaz de conseguir sustento por sí mismo, será presa del primero que lo desee dominar. El paralelismo afecta aún más a la situación de la Venezuela inmediatamente postcolonial, pues «lo mismo ocurre a un pueblo que, acostumbrado a vivir bajo el dominio de otro, y al no saber razonar ni de las defensas ni de la guerra [*offese publice*] [...], regresa rápido bajo un nuevo yugo, el cual, la mayoría de las veces, es más duro del que se ha liberado»⁴⁷.

⁴⁶ Bolívar, 1950c: 541, 5 de diciembre de 1812.

⁴⁷ Maquiavelo, 2001: 100.

Como Maquiavelo y Montesquieu, el Libertador insistirá en la extrema dificultad que entraña la transformación de un régimen tiránico o principesco en uno constitucional. La idea ya la afirma unos meses antes de septiembre de 1815: «Ya se dice que en Venezuela han tomado tres mil hombres el país. Si no es cierto, es muy fácil, porque los pueblos, acostumbrados al antiguo dominio, obedecen sin repugnancia a estos tiranos inhumanos»⁴⁸. De esta idea, se ofrece una completa reelaboración en la *Carta de Jamaica*, donde se comparan los esfuerzos de estos americanos que jamás han sido libres, pero quieren serlo, con el hombre que desea volar:

Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre que subyugar uno libre. [...] ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que como a Ícaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto⁴⁹.

Es relevante insistir en el significado de la imagen de Ícaro, pues lo que era una dificultad —la transformación de una monarquía en una república— se convierte en una imposibilidad.

En este contexto, debe recordarse que la dificultad de cambiar la monarquía por la libertad afecta a todos los pueblos hispánicos, tanto americanos como peninsulares, pues todos han recibido su educación política bajo una tiranía. Es verdad que Bolívar considera que el régimen americano es peor que el peninsular, pero esta dificultad afecta a la misma España liberal, como Bolívar recordará en 1819 cuando ya está al corriente de que la vuelta de Fernando VII al trono ha provocado el colapso del liberalismo español:

Todos saben apreciar el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y los legisladores modernos. En fin, este astro, en su luminosa carrera, aún ha encendido los pechos de los apáticos españoles, que también se han lanzado en el torbellino político; han hecho sus efímeras pruebas de libertad, han reconocido su incapacidad para vivir bajo el dulce dominio de las leyes y han vuelto a sepultarse en sus prisiones y hogueras inmemoriales⁵⁰.

Esta manifestación en un texto marcadamente más moderado que la *Carta de Jamaica*, como es el Mensaje al Congreso de Angostura, más que extender temporalmente el antiespañolismo, sirve como confirmación fáctica de las dificultades de los pueblos hispánicos de convertir las costumbres serviles en libertad política.

⁴⁸ Bolívar 1950a: 133, 19 de mayo de 1815.

⁴⁹ Bolívar, 2007: 21.

⁵⁰ *Ibidem*: 80.

La temática de la libertad fracasada será central en la *Carta de Jamaica*. En este texto, la dificultad de que el pueblo esclavo se haga libre se combina de modo peculiar con la necesidad de buscar la culpa en los propios errores. En su deseo de comprender las causas de la debilidad republicana, de una independencia estancada en un agotador juego de ida y vuelta, Bolívar elevará estas dos ideas a nueva categoría, la de la inmaterial herencia que España ha transmitido América: «estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la dirección de una nación como la española, que solo ha sobresalido en fiereza, ambición, venganza y codicia»⁵¹. El problema de América trasciende las dificultades que todo cambio de régimen político implica. La madre que la ha engendrado es tan antipolítica que América estará condenada a la falta de virtud, independientemente del régimen que se establezca.

Si todos los pueblos sometidos a la tiranía poseen dificultades para alcanzar la libertad, las que sufre el pueblo americano son las más difíciles de subvertir en la medida en que ha padecido la peor tiranía de la historia. En lo que constituye una crítica a las reformas de Carlos III, Bolívar considera que la especificidad de la tiranía española consiste en haber impedido a los americanos alcanzar la práctica del gobierno, incluso como instrumentos y auxiliares de la tiranía⁵². Si es evidente que el pueblo no pudo entrenarse en el ejercicio virtuoso del autogobierno, la Corona ni siquiera habría permitido el desarrollo de una clase funcionarial autóctona:

En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran sultán, kan, bey y demás soberanos despóticos, es la ley suprema y esta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajaes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía y Persia [...]. A ellos está encargada la administración civil, militar y política de rentas y la religión. Pero al fin son persas los jefes de Ispahan, son turcos los visires del Gran Señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. [...] ¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que [...] nos dejaba en una especie de infancia permanente con respecto a las transacciones públicas [...]. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos era permitido ejercer sus funciones. Los americanos, en el sistema español que está en vigor y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores y aun esta parte coartada con restricciones chocantes⁵³.

⁵¹ *Ibidem*: 20.

⁵² Elliott, 2006: 557.

⁵³ Bolívar, 2007: 14-15.

¿Por qué la Corona española es responsable de la peor tiranía de la historia? No tiene que ver directamente ni con la crueldad del sistema penal, ni con la arbitrariedad del legal, sino con un elemento más constitutivo: la absoluta falta de instrucción pública. Se trataría de un problema de educación ciudadana. Los españoles han sido no solo unos «perniciosos maestros», sino unos pedagogos que han corrompido a sus «discípulos»⁵⁴. Han cortado el desarrollo de las virtudes políticas en suelo americano. La completa carencia de políticos, es decir, de personas con virtudes públicas, es el resultado de tres siglos de administración española en América. En enero de 1815, lo decía Bolívar de modo todavía más claro que en la *Carta de Jamaica*: «mas nosotros ¿hemos dirigido los destinos de nuestra patria? La esclavitud misma ¿ha sido ejercida por nosotros? Ni aun el ser instrumentos de opresión nos ha sido concedido»⁵⁵. La gravedad de la tiranía española proviene de su carácter constitutivo: ha creado un pueblo, el hispanoamericano, completamente incapaz para la vida política.

A la larga, la idea de que América carece de una clase gubernativa preparada permanecerá más tiempo en las obras de Bolívar que la acusación a España como tiranía destructora del espíritu cívico. El 15 de febrero de 1819, en su mensaje al Congreso de Angostura, ya no insistirá en describir a España como la peor tiranía de la Historia, mientras que sí seguirá recordando que a las naciones hispanoamericanas las lastra el nivel más bajo de educación política:

Nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica⁵⁶.

Si bien Bolívar omite la causa en este texto, el destino aciago que impone esta irreversible y constitutiva falta de educación política no puede sorprender.

De esta manera, la pregunta acerca de los primeros fracasos de la república independiente de Venezuela se acabará transformando en una reflexión sobre cuál será el gobierno apropiado para una país y una cultura con tales carencias de educación política. Bolívar reutilizará el principio de que el régimen político debe adaptarse a las circunstancias de cada país. De este modo, en la *Carta de Jamaica*, rechaza los sistemas populares, porque la carencia

⁵⁴ *Ibidem*: 68.

⁵⁵ Bolívar, 1950c: 620, 13 de enero de 1815.

⁵⁶ Bolívar, 2007: 67-68.

de virtud política de los ciudadanos es evidente: «En tanto que nuestros compatriotas no adquiera los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares [...] temo mucho que vengan a ser nuestra ruina»⁵⁷. También es el pasado español el responsable de la limitación de las posibilidades constitucionales, el culpable de que sea imposible alcanzar las virtudes que en el Norte de América permiten un gobierno modélico: «ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los estados, tan distintos como el inglés americano y el americano español»⁵⁸. En general, esta falta de educación política implica que «las instituciones perfectamente democráticas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales»⁵⁹. Debido a que exige un alto grado de preparación, el federal es el peor de los regímenes que se ha intentado aplicar en América: «No convengo en el sistema federal entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros»⁶⁰. Más aún, ya en 1819, Bolívar ve a la imitación del sistema representativo perfecto como la máxima amenaza para el futuro de la república: «La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos a donde han ido a estrellarse todas las esperanzas de la República»⁶¹.

Los sistemas representativo-populares no se pueden adaptar a América. No es un problema que pueda solucionarse en cinco años: la percepción del problema se da en los mismos términos en la *Carta de Jamaica* y en la declaración al Congreso de Angostura. Para la América independiente no están disponibles todas las formas políticas populares. La amenazan siempre dos extremos: «anarquías demagógicas o [...] tiranías monócratas»⁶². Si a Bolívar se le ha acusado muy habitualmente de dictador, al menos desde el punto de vista teórico será explícito defensor de un tipo de gobierno paternalista: «Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra»⁶³. Si en la *Carta de Jamaica* no queda del todo claro en qué consiste este despotismo moderado, en Angostura refrendará sus principios básicos: un ejecutivo fuerte y un senado vitalicio que se articularán de modo centralista.

⁵⁷ *Ibidem*: 20.

⁵⁸ *Ibidem*: 73.

⁵⁹ *Ibidem*: 20.

⁶⁰ *Ibidem*: 23-24.

⁶¹ *Ibidem*: 88.

⁶² *Ibidem*: 24.

⁶³ *Ibidem*: 21-22.

Bolívar y el pensamiento latinoamericano posterior se moverán en el terreno de la ciencia política: ¿qué régimen debe instaurarse para los países americanos? La pregunta de cuál es la forma constitucional más adecuada, será respondida de dos maneras prototípicas: aplicar un modo de gobierno extranjero en América o inventar un propio modelo autóctono. Aunque en la mayoría de los casos se opte por una reflexión constitucional de tipo universal, cuando se quieran explicar los motivos por los que ambos intentos han fracasado y no han logrado resultados satisfactorios, los intelectuales tenderán a explicar el problema no desde el fallo del constitucionalismo, sino desde la exposición histórica de la *Carta de Jamaica*. El problema estará en que los españoles habrían educado mal a los americanos o, peor aún, que los constituyeron de modo definitivamente defectivo.

SOMOS NUESTROS PROPIOS ENEMIGOS

El objetivo más apremiante de la *Carta de Jamaica* consiste en explicar la intermitencia del triunfo republicano. Su justificación se apoyará en un discurso antiespañol, algo menos inmediato, más histórico, incluso filosófico. El antiespañolismo posee en este caso una dimensión íntima. Si el enemigo siempre supone un reto a la propia identidad, en este caso llega a constituir la. Es verdad que Bolívar repite en diversos textos que son los mismos venezolanos los culpables de que la república independiente no se haya afianzado. Pero al determinar el porqué de este comportamiento inconstante de los criollos republicanos, Bolívar afirma que la tiranía española ha sido tan absolutamente antipolítica que ha legado un país sin un pueblo, siquiera una élite capaz de cumplir con las exigencias del gobierno autónomo. Si los venezolanos no han respaldado la república, se debe a que los españoles los habían maleducado y malcriado hasta hacer desaparecer cualquier gusto y capacidad para la existencia republicana y libre. La introspección se sale de sí misma y vuelve a hacerse externa. Los culpables de esta carencia no pueden ser los mismos venezolanos, los cuales han vivido en una «infancia permanente»⁶⁴, incluso en la «orfandad»⁶⁵, sino la madre-madrastra España responsable de una completa desatención pedagógica. El enemigo es una excusa que constituye.

A Bolívar no le gustará afirmar que la América criolla es una creación española. Reconoce, sin embargo, que si no ha formado sus virtudes, España

⁶⁴ *Ibidem*: 14.

⁶⁵ *Ibidem*: 17.

es causante de sus vicios, de la dificultad de alcanzar una vida política estable a través del gobierno representativo. Este antihispanismo posee una consecuencia imprevista. De modo inconsciente Bolívar está ofreciendo no solo una explicación histórica, sino también un pronóstico aciago. España aparece como el más tiránico de los imperios por haber desatendido completamente la educación política de los americanos. Los ha tratado como una madrastra que solo quiere educar a los hijos legítimos. En primer lugar, esta tiránica omisión obliga moralmente a la independencia. La segunda consecuencia de este retrato terrible resulta mucho más incómoda para el proyecto americano. En la medida en que esta tiranía la ha hecho verdaderamente apolítica, América no podrá gozar en el futuro de una vida política autónoma y duradera. A Bolívar lo condena su retórica. Si la estrategia del peor enemigo obliga a la rebelión y permite la guerra a muerte, también pronostica y determina la dificultad para el establecimiento de un gobierno verdaderamente político. Peor aún, incluso si solo es retórica y esta tiranía no es tan extraña, Bolívar permitirá que cualquier mal legislador, ya en su versión democrática ya en su variante monocrática, se sienta justificado por sus desmanes. La desaparición de la responsabilidad personal o colectiva queda legitimada, pues España ha legado un pueblo ingobernable y antipolítico. La conclusión del discurso de Bolívar quizá solo se pueda percibir tras dos siglos de continuos trastornos políticos y modificaciones constitucionales. Al inventarse el peor enemigo de la historia, Bolívar no solo justificará involuntariamente todos los errores y dificultades de las repúblicas latinoamericanas, sino que podrá acusar perpetuamente a la esquivada madrastra de estos desvíos y fracasos.

BIBLIOGRAFÍA

Bolívar, Simón, *Obras completas. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de mayo de 1799 a 8 de mayo de 1824*, La Habana, ed. V. Lecuna/Lex, 1950a.

Bolívar, Simón, *Obras completas. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 8 de mayo de 1824 a 19 de septiembre de 1828*, La Habana, ed. V. Lecuna/Lex, 1950b.

Bolívar, Simón, *Obras completas. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 21 de septiembre de 1828 a 8 de diciembre de 1830. Testamento, proclamas y discursos*, La Habana, ed. V. Lecuna/Lex, 1950c.

Bolívar, Simón, *Obra política y constitucional*, Madrid, Tecnos, 2007.

- Chanamé Orbe, Raúl, *La república inconclusa*, Lima, Derrama Magisterial, 2012.
- Elliott, John H., *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus, 2011.
- Góngora, Mario, “Pacto de los conquistadores y antigua Constitución indiana: dos temas ideológicos de la época de la Independencia”, *Historia de las ideas en América española y otros ensayos*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2003: 1-26.
- Gutiérrez Escudero, Antonio, “Simón Bolívar y *La carta de Jamaica*” *Araucaria*, 12 (Sevilla, 2010): 251-273.
- Hampe Martínez, Teodoro, “*La carta de Jamaica* y los afanes de la patria criolla” *Alma Mater*, 2 (Lima, 2015): 35-42.
- Lucena Giraldo, Manuel, *Naciones de rebeldes. Las revoluciones de independencia latinoamericanas*, Madrid, Taurus, 2010.
- Madariaga, Salvador, *Bolívar*, Buenos Aires, Sudamericana, 1959.
- Maquiavelo, Nicolás, *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*, Roma, ed. F. Bausi/Salerno editrice, 2001.
- Pino Iturrieta, Elías, *Nueva lectura de La carta de Jamaica*, Caracas, Monte Ávila, 1999.
- Pino Iturrieta, Elías, *El divino Bolívar*, Caracas, Alfadil, 2003.
- Santos-Herceg, José, *Conflicto de representaciones*, Santiago de Chile, FCE, 2010.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Buenos Aires, Losada, 2010.
- Scavino, Dardo, *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010.
- Schmitt, Carl, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1998.

Fecha de recepción: 13 de agosto de 2016.

Fecha de aceptación: 20 de diciembre de 2016.

Anti-Spanish sentiment in the *Jamaica Letter*:
between the legitimacy of independence and the justification
of republican failure

The literature on Simón Bolívar's Jamaica Letter has underestimated the importance of Hispanophobia. Generally this aspect of the text has been regarded as purely rhetorical and circumstantial. However, this element is of central importance to the text, because virtually every idea in the essay is closely tied up with this hatred towards Spain. Without Hispanophobia, the Jamaica Letter would simply cease to exist. In this work, I will try to show the three cornerstones of this enmity created by Bolívar: criticism of the Conquest and the Colony, the time gap undermining the Spanish Empire and the invention of this Empire as the worst tyranny in history, an issue to which I will devote particular attention. By means of this exaggeration, Bolívar offers an unintentional justification of every political disaster or constitutional failure.

KEY WORDS: Bolívar; Jamaica Letter; Hispanophobia; enemy.